"EL LLAMADO DE LA AVENTURA"
VIAJE
TRANSFORMADOR
Wilbert Wusynth

Un viaje transformador

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

Perdieron amigos y conservaron otros. Se equivocaron en decisiones nuevas. A veces añoraron la carretera no por sus privaciones, sino por la claridad brutal con que obligaba a distinguir lo esencial de lo accesorio. Luego abrían una factura, atendían una llamada absurda o esperaban en una sala cualquiera y comprendían que también allí, en la prosa menos luminosa de la vida ordinaria, se juega casi todo.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.
Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.
Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

Un viaje transformador

Capítulo I

El día en que empezó a romperse todo

Hay familias que se desmoronan con estrépito y otras que se resquebrajan en silencio, como una taza fina que conserva el dibujo incluso cuando ya no puede contener el agua. La de Andrés y Mati pertenecía a esa segunda especie, que es más discreta y quizá más trágica, porque desde fuera sigue pareciendo entera. Yo los conocí cuando aún sabían fingir bienestar con la desenvoltura de la gente educada: esa forma tan nuestra de poner buena cara al cansancio, al matrimonio fatigado por la costumbre, a la sospecha de que una vida razonable puede ser, sin dejar de ser correcta, una forma refinada de ruina.

A Andrés lo conocía desde niño. Habíamos crecido en barrios que todavía olían a yeso nuevo y a sueños de clase media ascendente, con padres que repetían la palabra "estabilidad" como si fuese una bendición bíblica. Él ya era entonces metódico, contenido, partidario del esfuerzo callado. Tenía esa pulcritud moral de los muchachos que ordenan los lápices por tamaño y creen, de buena fe, que si hacen todo correctamente el mundo les devolverá una recompensa proporcional. El tiempo, que es burlón y bastante dado al sarcasmo, se encargó luego de instruirlo.

Mati entró en su vida mucho después, y no se parecía en nada a él salvo en lo esencial, que es el tipo de herida que uno trae de fábrica. Tenía manos de médica y mirada de mujer que no ha aprendido a administrarse. Hay personas que se gastan con elegancia, pero ella se gastaba del todo. Yo la vi, desde el primer día, como quien contempla una lámpara

demasiado intensa para una habitación pequeña. Curaba, organizaba, escuchaba, resolvía. Lo hacía en el hospital, en casa, en las cenas, en las vidas ajenas. Y sin embargo había en ella un cansancio anterior al cansancio, una especie de deuda interior que ni el sueño ni el afecto parecían saldar.

El 14 de marzo de 2023 quedó luego consagrado, en nuestra pequeña mitología privada, como la fecha oficial del derrumbe. Pero, como pasa con todas las catástrofes importantes, lo cierto es que llevaba años produciéndose. Las verdaderas caídas no comienzan el día en que el cuerpo toca el suelo, sino cuando deja de sostenerse por dentro.

Andrés apagó el ordenador aquella tarde y lo hizo con una lentitud casi ceremonial. No fue un gesto heroico; fue, si acaso, el gesto cansado de un hombre que por fin reconoce que ya no se pertenece. Treinta y ocho años de hojas de cálculo, juntas interminables, balances con nombres ingleses y jefes cada vez más jóvenes que confundían entusiasmo con inteligencia. Cuando me lo contó después, bebíamos cerveza en la cocina de mi casa, y él me dijo algo que no he olvidado: "He pasado media vida optimizando pérdidas ajenas". Lo dijo sonriendo, pero era una sonrisa tardía, la de quien acaba de entender que ha sido cómplice de su propia intemperie.

Mati salió del hospital esa misma tarde con la bata en la mano y el pulso todavía acelerado. Había salvado a un niño por la mañana, uno de esos triunfos discretos que no salen en ningún sitio y que apenas compensan la burocracia, la penuria de medios y la triste costumbre de llamar vocación a lo que no deja de ser explotación bien maquillada. Me la imagino aún en el pasillo, la espalda recta por puro orgullo, la cara devastada. No lloraba entonces. Todavía no. Las

mujeres como ella suelen concederse el derrumbe cuando ya no queda nadie a quien sostener.
Se miraron en el corredor del hospital, según me contaron los dos, y ella dijo: "¿Y si nos vamos?". Nunca he sabido si fue una pregunta, una amenaza o una plegaria. Tal vez fue las tres cosas a la vez. Andrés, que había dedicado la vida a desconfiar de los impulsos, no pidió cifras, ni plazos, ni un itinerario. Dijo que sí. Me gusta pensar que en ese sí había por fin algo salvaje, aunque viniendo de él lo salvaje tuviera la cortesía de una renuncia firmada con bolígrafo azul.
Los meses siguientes fueron un espectáculo doméstico de demolición cuidadosamente administrada. Vendieron muebles, cancelaron suscripciones, archivaron papeles cuyo único propósito había sido durante décadas fingir que gobernaban el porvenir. Yo iba a ayudarlos algunos sábados. En realidad ayudaba poco. Clasificaba libros, desmontaba estanterías y asistía, con la inutilidad reverente del testigo, a la poda de una vida. Hay una crueldad particular en decidir qué se tira y qué se conserva. Cada objeto pretende ser necesario. Cada taza dice: yo estuve cuando aún erais felices. Cada camisa murmura: yo conozco la forma de tu cuerpo cuando todavía creías en mañana.
El piso se fue vaciando con una obscenidad casi didáctica. Así debían de sentirse los aristócratas arruinados al vender la plata de la abuela: humillados, sí, pero también extrañamente ligeros. Quedó el Land Cruiser, robusto y un poco ridículo, como suelen ser todos los instrumentos de la esperanza cuando aún no han sido puestos a prueba. Lo prepararon con un fervor casi litúrgico: depósitos, ruedas, filtros, botiquín, placas solares, repuestos, mapas, cuadernos, una cafetera italiana que Mati se negó a abandonar, como si el café fuese el último hilo civilizado que los unía a sí mismos.

Yo escuchaba sus planes con una mezcla de ternura y escepticismo. No porque dudara del viaje, sino porque conocía bien el temperamento europeo de convertir la huida en proyecto y el proyecto en identidad. Nosotros, hijos de la planificación, no sabemos partir sin excel. Creemos que el alma se deja calendarizar. Nos parece que cambiar de continente equivale a cambiar de vida, y rara vez sospechamos que uno se lleva siempre a sí mismo de contrabando.

Pero había en ellos algo más serio que el capricho o la fatiga turística de una clase media ilustrada. No querían coleccionar postales ni fabricar una épica para las cenas futuras. Querían dejar de ser quienes habían sido. Y ese deseo, aunque a menudo resulte pretencioso, merece al menos respeto. A cierta edad, intentar una metamorfosis no es ingenuidad: es autodefensa.

La última noche antes de partir cenamos en su casa semivacía. Había eco en el salón. El frigorífico sonaba demasiado. Comimos tortilla, queso, aceitunas y un vino bastante bueno que Andrés había reservado para ocasiones especiales. Descubrimos, con la ironía de los cobardes ilustrados, que no hay ocasión más especial que un abandono bien organizado. Hablamos de rutas, de vacunas, de fronteras, de sobornos, de averías probables, de mosquitos, de golpes de calor, de mareas y de guerras que en Europa caben en una columna breve, pero que en otros lugares organizan la respiración diaria de millones de personas.

Antes de irme, Mati me enseñó una libreta de tapas negras. "Para escribirlo todo", dijo. La hojeé. Las páginas estaban en blanco. Me impresionó más ese vacío que cualquier mapa. Toda vida importante empieza, de un modo u otro, con unas cuantas páginas vacías y una cantidad indecente de soberbia.

A la mañana siguiente los acompañé hasta Tarifa. El puerto tenía esa fealdad utilitaria de los sitios donde lo importante no es quedarse, sino cruzar. Hacía viento. Siempre hace viento allí, como si el Estrecho quisiera recordarnos que entre un mundo y otro no media una línea, sino una sacudida. El Land Cruiser rugía con un entusiasmo mecánico que contrastaba con el silencio humano. Andrés revisó dos veces la documentación. Mati miraba el agua.

Cuando el ferry comenzó a alejarse, Europa se quedó atrás con una rapidez ofensiva. Uno imagina las despedidas como ceremonias lentas, pero los continentes, vistos desde la borda, se abandonan con una brusquedad administrativa. Mati apoyó la cabeza en el hombro de Andrés y lloró en silencio. Él no dijo nada. No era tristeza, me contó después. O no solo. Era algo más turbio y más limpio: el dolor exacto que siente quien por fin se permite ser libre y descubre, con asombro, que la libertad se parece muchísimo al miedo.

Yo los vi hacerse pequeños desde el muelle y pensé, con esa mezcla de envidia y condescendencia que inspira siempre el valor ajeno, que tal vez iban a regresar peores, más soberbios, llenos de frases sobre la autenticidad y de nostalgias importadas. También pensé, aunque no me lo confesé entonces, que quizá regresarían mejores. O simplemente distintos, que a veces es la única forma decente de salvarse.

Capítulo II

El norte árido

Recibí sus primeras noticias desde Rabat, en mensajes de voz salpicados por ruido de tráfico, risas nerviosas y una especie de exaltación disciplinada que reconocí enseguida: la alegría de quien todavía cree que el viaje

obedece a sus planes. Andrés describía rotondas imposibles, controles policiales y la dignidad del caos marroquí con la minuciosidad de un contable enfrentado a una liturgia tribal. Mati, en cambio, hablaba de olores: cilantro, gasoil, piel curtida, pan caliente, lejía, sol sobre piedra. Ya desde el inicio miraban distinto, y acaso por eso seguían juntos.

En Rabat, me dijo ella, un niño le ofreció una rosa marchita a cambio de una sonrisa. La frase tenía algo de aforismo preparado, y se lo reproché con la confianza que dan los años. "No me lo invento", respondió. "Es más cursi de lo que me habría atrevido a inventar". Guardó la rosa en el salpicadero, donde permaneció durante todo el viaje como permanecen algunos símbolos: primero como hallazgo, luego como broma, más tarde como superstición y al final como reliquia.

Marruecos todavía permitía ciertas ilusiones europeas. Había hoteles donde cargar baterías, ciudades donde el regateo adoptaba un tono teatral soportable, estaciones de servicio con café mediocre y cuartos de baño razonablemente civilizados. Uno podía seguir sintiéndose viajero y no intruso, explorador de catálogo y no cuerpo sometido a una geografía indiferente. El verdadero aprendizaje empezó cuando el paisaje se volvió menos narrativo y más mineral.

La entrada en Mauritania fue, según Andrés, el primer momento en que comprendió que toda su experiencia profesional valía menos que una cuerda buena y un mecánico honrado. El desierto tiene la pedagogía brutal de los dioses antiguos: no discute, no explica, no negocia. Deshace. Reduce. Coloca cada cosa en su dimensión real. El coche, que hasta entonces había parecido un fortín rodante, se reveló como lo que era: una carcasa útil y vulnerable. La correa del alternador se rompió en mitad de una extensión donde el

horizonte no prometía nada. Ni sombra, ni cobertura, ni la reconfortante mentira de que el auxilio está a un clic. Permanecieron tres días en un poblado perdido cuyo nombre yo no sabría pronunciar aunque lo tuviera escrito delante. Andrés intentó contarme aquello usando verbos de eficacia: reparar, medir, esperar, improvisar. Pero entre línea y línea se le notaba el estupor. Pasar de un mundo en el que casi todo puede resolverse pagando a otro donde casi todo depende de la paciencia produce una humillación de las buenas. El tiempo, que en nuestra Europa de turnos y calendarios es una mercancía, allí recuperaba su carácter atmosférico. No se gestionaba: se atravesaba.

Una anciana le tomó la mano a Mati y le dijo en hassanía algo que luego tradujeron: "El desierto te enseña a esperar". La frase habría resultado intolerable en boca de un coach con blazer claro y reloj caro. Pero pronunciada por una mujer que probablemente había enterrado hijos, cabras y estaciones enteras bajo la misma intemperie, adquiría una autoridad mineral. Mati la repitió durante meses, como quien mastica una verdad demasiado grande para entenderla de una sola vez.

Me hablaron también del té. Siempre hay un té en los relatos sobre el Sahara, como hay olivos en las nostalgias mediterráneas y lluvia en las novelas inglesas. Yo sospechaba del pintoresquismo de esa insistencia hasta que Andrés, el menos lírico de los hombres, me explicó el rito con respeto casi religioso. Tres vasos. El primero amargo como la vida, el segundo dulce como el amor, el tercero suave como la muerte. Los vi luego reproducir ese ceremonial en Madrid, con resultados penosamente domésticos, y comprendí que lo importante no era el sabor, sino la temporalidad que imponía. Nadie sirve tres veces la misma bebida si cree de verdad que el tiempo es

dinero. Eso solo se hace cuando el tiempo vuelve a ser vínculo, tránsito compartido, demora necesaria para que la presencia de uno empiece a significar algo para el otro.

Andrés, que había pasado media vida aceptando cafés de máquina en reuniones donde nadie se escuchaba, descubrió en aquellas rondas lentas una forma distinta de conversación. No se preguntaba para extraer información, ni se respondía para cerrar temas. Se hablaba como se camina en arena: avanzando poco, dejando huella, volviendo sobre lo dicho. "Allí nadie parecía tener prisa por parecer interesante", me dijo una noche, ya de vuelta. Lo dijo con una tristeza que era también acusación. Nuestra cultura confunde la rapidez con la inteligencia y el ingenio con la hondura. En el desierto, donde sobran kilómetros y faltan ficciones, esas virtudes se vuelven un entretenimiento prescindible.

También aprendieron, a golpes discretos, que la hospitalidad no es un adorno moral sino una tecnología de supervivencia. Nosotros ofrecemos café por educación. Ellos lo ofrecen porque negar agua, sombra o comida en ciertos lugares equivale a participar en una ejecución. La cortesía europea, tan satisfecha de sí misma, palidece un poco cuando se la compara con la generosidad de quienes comparten no desde la abundancia, sino desde la vulnerabilidad común.

No quiero idealizar. Ese es un vicio muy nuestro cuando descubrimos formas de vida que corrigen nuestras arrogancias. Hubo suciedad, recelo, intentos de engaño, niños acostumbrados a pedir con insistencia agotadora, hombres que observaban a Mati con una mezcla de deseo y desconcierto nada cómoda. Hubo noches de insomnio, moscas, calor ácido, estreñimiento, miedo. La verdad del viaje residía precisamente en que nada de eso anulaba lo demás.

La nobleza y la miseria convivían sin las barreras higiénicas que nuestras sociedades levantan para no mancharse la conciencia.
En sus notas, que pude leer tiempo después, encontré una observación de Andrés que me sorprendió por su precisión. "Aquí compartir no parece un acto de virtud", había escrito. "Parece una evidencia". Tardé en comprenderlo. En nuestro mundo, compartir otorga prestigio moral porque presupone propiedad previa, capacidad de elección y cierta teatralidad del desprendimiento. Allí, al menos en los lugares por donde ellos pasaron, compartir aparecía como la única forma sensata de no desfondarse juntos. La comunidad no era ideal: era infraestructura.
El desierto empezó también a erosionar esa manía occidental de creer que todo problema puede traducirse en una decisión personal. Cuando uno depende de una pieza, de una nube, de un pozo o de la bondad de un extraño, la fantasía de la autosuficiencia se vuelve risible. Andrés, que había construido su identidad sobre la competencia individual, descubrió con vergüenza y alivio que no bastaba. Mati, acostumbrada a salvar, tuvo que aceptar que a veces cuidar consistía únicamente en aguantar el miedo sin convertirlo en histeria.
Cuando por fin retomaron la ruta y el Land Cruiser volvió a rugir sobre la arena, no eran aún otras personas, pero ya no podían seguir sosteniendo del todo las viejas ficciones. El viaje, como casi todo lo serio, no los estaba engrandeciendo. Los estaba despojando. Y conviene recordar que despojarse no tiene nada de elegante cuando ocurre de verdad: uno no se convierte en sabio, sino en alguien menos protegido por sus excusas.

Capítulo III

El Sahel inhóspito

Fue en el Sahel donde el viaje dejó de parecer una aventura bien narrada y empezó a adquirir la textura irregular de una prueba. Marruecos y Mauritania habían sido, pese a su dureza, una especie de prólogo mineral. Pero Malí, Burkina Faso y el descenso hacia Ghana introdujeron algo más incómodo que el desierto: la precariedad humana organizada por siglos de abandono, violencia y supervivencia terca. No me refiero solo a la pobreza, palabra que nosotros usamos con la suficiencia de quien nombra desde fuera, sino a la forma en que allí la vida parecía negociarse cada día con una mezcla de astucia, resignación y orgullo.

En Bamako, según me contó Mati, aprendieron la gramática moral de la frontera oficiosa. Habían preparado documentos, seguros, fotocopias, permisos y esa papelería tranquilizadora con la que el europeo se persuade de que existe un orden superior interesado en protegerlo. Bastaron diez minutos ante un funcionario somnoliento y un sello inmóvil para que toda esa fe administrativa revelara su condición de chiste regional. El hombre exigía dinero con la desidia de quien no necesita ni siquiera justificar el abuso. No gritaba. No amenazaba. Apenas insinuaba que las cosas podían complicarse indefinidamente.

Andrés, por supuesto, intentó razonar. No conozco a nadie más capaz de apelar a la lógica en situaciones donde la lógica carece de ciudadanía. Mati lo apartó con una mirada y se arrodilló frente al escritorio. No teatralmente: con una economía de gesto que hizo más humillante el acto. Le habló al agente de su madre enferma. No sé si su madre estaba enferma entonces; tampoco importa. En los grandes aprietos, la verdad y la eficacia mantienen una relación inestable. El hombre

bajó la vista, selló los pasaportes y los dejó pasar sin cobrar.
Cuando me narraron la escena, Andrés insistía en que fue un milagro menor. Mati decía que no, que fue una forma de vergüenza compartida. "Por un segundo", me explicó, "el hombre recordó que delante no tenía un trámite, sino una hija". Esa frase me persiguió mucho tiempo. Nosotros hemos levantado sociedades enteras para no depender de que el otro recuerde nuestra humanidad; por eso las instituciones son valiosas. Pero también hemos aprendido a escondernos tan bien tras ellas que, cuando fallan, nos encontramos casi analfabetos para manejar el temblor personal, la súplica, la exposición de la fragilidad. Allí, donde el Estado se mostraba intermitente o rapaz, esa humanidad directa funcionaba a veces como único combustible moral.
No siempre, claro. Sería obsceno inventar una fraternidad universal donde no la hubo. En el Sahel convivían la generosidad con la arbitrariedad, el cuidado con la extorsión, la cortesía con la amenaza. Las carreteras eran una pedagogía de baches y controles. Había polvo en los dientes, calor en las sienes y una sensación constante de estar avanzando por territorios donde las normas cambiaban según el humor de quien llevaba uniforme o fusil.
Fue también allí donde Andrés cayó enfermo. La malaria entró en su cuerpo como entran las cosas decisivas: en silencio y sin pedir permiso. Al principio fue fiebre, cansancio, un malestar difuso. Luego vinieron los escalofríos, el delirio, la descomposición de la voluntad. Mati me mandó un mensaje escueto desde una conexión miserable: "Está mal, pero lo tengo". Esa frase contenía años de matrimonio. Lo tenía. Como se tiene a un niño con fiebre, a un padre desorientado, a un hombre que por unas horas deja de ser socio,

amante, compañero o adulto funcional y vuelve al estado elemental del animal vulnerable.
Durante varios días Andrés deliró con números. Eso me conmovió y me hizo reír con la crueldad afectuosa que uno reserva a sus iguales. En mitad del continente africano, con el cuerpo sometido por un parásito antiquísimo, seguía siendo acosado por balances, hipotecas, cuadros de gastos, cierres trimestrales. La enfermedad tuvo, al parecer, el buen gusto simbólico de exhibir aquello que todavía lo gobernaba por dentro. Mientras tanto, Mati le limpiaba la frente y le repetía: "Respira, amor. Aquí no hay deadlines". La frase puede sonar ingeniosa; en esa circunstancia era casi metafísica. No había plazos. No había rendimiento. No había producción posible. Solo el cuerpo intentando no rendirse.
En territorio dogón escucharon una interpretación de la fiebre que a mí, hombre educado en el escepticismo y la farmacia, me habría provocado impaciencia de no venir acompañada por la modestia con que se la ofrecieron. Los ancianos decían que la fiebre es un espíritu que entra para limpiar el alma. Andrés, ya recuperado, la citaba con ironía. Mati, con menos superioridad, me dijo algo mejor: "Ellos no niegan el síntoma; solo se niegan a creer que el síntoma es todo". Y allí empezó en ella una pequeña revolución. Hasta entonces había ejercido la medicina con ese rigor cansado de quien conoce el valor de la evidencia y la mediocridad de los sistemas que la administran. En el camino, sin dejar de ser médica, empezó a comprender que curar no siempre coincide con aplicar protocolo. No porque la ciencia deba ceder ante supersticiones, sino porque el dolor humano rara vez se presenta en estado puro. Llega mezclado con miedo, con relatos heredados, con dioses menores, con vergüenza, con formas culturales de esperar alivio.

En algunos poblados recetó ibuprofeno y al mismo tiempo permitió que una abuela rezara sobre el niño febril. "No perdí ningún grado por eso", me dijo después, y su voz tenía un desdén bastante justificado hacia cierto racionalismo estrecho.

La medicina, entendió ella, podía ser ciencia sin dejar de ser vínculo. Y el vínculo, esa palabra tan maltratada en congresos y discursos institucionales, allí no era complemento decorativo: era parte del tratamiento. Nadie acudía solo. Enfermar implicaba a la familia, a los vecinos, a los muertos incluso. Nosotros combatimos síntomas con eficacia admirable, pero a menudo confinamos el sufrimiento en habitaciones donde solo entra personal acreditado. Ellos negociaban con lo visible y con lo invisible a la vez. Mati no se volvió mística. Se volvió menos soberbia.

Andrés, por su parte, salió de la malaria con una fragilidad nueva. Durante años había creído que su principal tragedia era haber desperdiciado el tiempo. La enfermedad le reveló algo más básico: el tiempo no estaba garantizado en absoluto. Esa evidencia, tan vulgar cuando se formula, adquiere un filo obsceno al despertarse empapado en sudor, con la cabeza rota y el cuerpo reducido a una estadística primitiva. No todos los descubrimientos ennoblecen. Algunos simplemente te dejan menos tonto.

En aquellos días escribieron menos. Las notas se volvieron telegráficas, como si la prosa misma hubiese perdido peso frente a la pura tarea de continuar. Y sin embargo, cuando releo ahora ese tramo, percibo que fue decisivo. Dejaron de mirar África como escenario y empezaron a experimentarla como fuerza correctiva. Ya no se trataba de "aprender lecciones", esa frase turística que tanto satisface al ego del viajero sensible. Se trataba de aceptar que sus categorías no bastaban. Y esa aceptación, incómoda y nada romántica, fue

quizá el primer movimiento verdadero de transformación.

Capítulo IV

La costa atlántica

Llegaron a Togo y Benín con la fatiga de los que ya no necesitan demostrar nada. Eso, que dicho así suena solemne, en realidad tenía un aspecto bastante prosaico: ojeras, ropa endurecida por el polvo y el sudor, discusiones por nimiedades, una capacidad disminuida para soportar la épica. El viaje seguía, sí, pero había perdido ese barniz inaugural que hace creer al viajero que cada jornada encierra una revelación. Afortunadamente. Casi toda revelación genuina llega cuando uno ya está demasiado cansado para fabricársela.

En Porto-Novo se partió el eje trasero del Land Cruiser. Me permito la precisión mecánica porque Andrés me la explicó luego con la gravedad de quien habla de una vértebra. El coche, que había sobrevivido a arena, barro, improvisaciones y excesos de confianza, quedó inmóvil como un animal noble al que por fin le fallan las patas. Recuerdo su mensaje: "Se ha roto lo que quedaba de mi necesidad de llegar". Me hizo gracia. También me pareció, por primera vez, completamente cierto.

Jean, el mecánico, apareció en su historia con la naturalidad reservada a los personajes que uno no olvida porque encarnan una forma de inteligencia que nuestros prejuicios no habían sabido prever. Soldaba mientras cantaba en ewé y parecía pertenecer a esa estirpe universal de hombres capaces de reparar con alambre lo que otros no sabrían ni nombrar con un manual delante. Tenía las manos negras, los dientes perfectos y una serenidad ofensiva para cualquiera

criado en el culto a la pieza oficial y al servicio técnico autorizado.
Andrés, como buen exdevoto de la planificación, lo observó al principio con recelo. Le preocupaba la precisión, la resistencia, el método. Le obsesionaba, en el fondo, que la vida siguiera comportándose como una hoja de garantías. Jean ni siquiera fingió comprender esas angustias. Miró, desmontó, soldó, probó, escupió, cantó de nuevo. El coche volvió a vivir. Y lo hizo con una belleza casi humillante: no gracias al procedimiento certificado, sino gracias al talento, la experiencia y esa antigua sabiduría manual que las sociedades ricas toleran mientras no tengan que admitir que dependen de ella.
La hija de Jean, una niña de seis años, le dibujó a Andrés un coche con alas. "Para que vueles cuando estés triste", le dijo. Esa clase de frases, puestas en una novela mediocre, pedirían inmediatamente el castigo de una relectura severa. Pero la vida, que no teme el sentimentalismo cuando lo merece, a veces se permite esas licencias. Andrés guardó el dibujo junto a la rosa seca. En otro tiempo se habría burlado de sí mismo por conservar símbolos. Allí empezaba a entender que la ironía es una defensa elegante, pero no siempre la más valiente.
Hubo también una boda. En viajes así siempre hay una boda o un funeral que sirven para que el extranjero intuya, apenas, la temperatura profunda de una comunidad. Los vistieron con telas wax, los arrastraron al centro de una celebración donde el cuerpo no era complemento, sino idioma principal. Mati se dejó llevar con más facilidad. Andrés, cuyo sentido del ridículo ha sido siempre sólido, necesitó primero una cerveza y luego la evidencia de que nadie esperaba de él gracia, sino participación.

Me contaron la escena con una mezcla de hilaridad y reverencia. Las mujeres marcaban el ritmo, los niños circulaban como una corriente autónoma, los viejos observaban sin esa severidad de museo con la que en Europa vigilamos nuestras tradiciones. Allí el baile no parecía una extravagancia recreativa, sino una forma legítima de estar juntos. "Sentías que no bailaban solos", dijo Mati. "Bailaban con gente que no estaba". La frase me habría parecido nebulosa si no viniera de ella, tan poco amiga de las solemnidades gratuitas. Andrés formuló después la comparación que más se le quedó grabada: "Nosotros bailamos para olvidar. Ellos bailaban para recordar". Tal vez exageraba; uno tiende a simplificar los contrastes cuando necesita organizarlos en pensamiento. Pero no andaba del todo desencaminado. En muchas de nuestras fiestas el cuerpo busca suspensión, anestesia, interrupción de la conciencia. Allí, al menos aquella noche, el movimiento tenía algo de invocación y de archivo vivo. El duelo, la memoria, la pertenencia y la alegría no aparecían separados en departamentos estancos. Todo estaba más mezclado, menos higienizado.

No quiero ceder a la tentación de oponer una África comunitaria y sabia a una Europa individualista y estéril. Es un tópico cómodo, y además falso por incompleto. También allí había soledad, violencia doméstica, desigualdad feroz, jerarquías crueles y cansancios sin poesía. Pero lo que Andrés y Mati empezaban a ver era otra cosa: que nuestras formas de gestionar el dolor, la pérdida y el vínculo no son las únicas ni necesariamente las más sanas. Hemos refinado el silencio hasta volverlo, en ocasiones, una cárcel elegante.

Aquel tramo atlántico les enseñó también el valor de detenerse sin interpretar la pausa como fracaso. Europa los había educado para leer cada interrupción

en clave de ineficacia: si no avanzas, retrocedes; si no produces, te estancas; si no cumples el plan, decepcionas una versión ideal de ti mismo. Pero el coche parado, el taller de Jean, la boda imprevista, las horas muertas en patios donde pasaba gente que no necesitaban impresionar a nadie, fueron erosionando esa religión del trayecto.

Andrés comenzó a escribir menos sobre destinos y más sobre escenas. Un motor abierto al atardecer. Una radio vieja. Un niño dormido sobre un saco de arroz. Una mujer riendo mientras regateaba por tomates. Una cabra atada a una moto. Detalles sin moraleja. Me alegró verlo abandonar, aunque fuera por momentos, la costumbre de convertirlo todo en lección. La realidad mejora mucho cuando uno deja de pedirle que se comporte como una conferencia inspiradora.

Mati, en cambio, se volvía más porosa. Se implicaba demasiado, según Andrés; lo justo, según ella. Atendía heridas pequeñas, repartía parte del botiquín, explicaba con dibujos cómo bajar una fiebre, discutía con tenderos, se hacía amiga de madres exhaustas en patios de tierra. A veces volvía enfadada, consciente de lo limitado de sus gestos. Otras, volvía en silencio, con esa expresión de quien ha visto algo íntimo y no quiere traicionarlo apresurándolo en palabras.

La costa atlántica les dio una lección que los europeos tardamos mucho en aceptar: que llegar no siempre es lo importante y que, en ocasiones, el verdadero extravío consiste en empeñarse en continuar cuando la vida te está ordenando mirar. El eje roto fue una avería; también fue una enmienda. Y si el viaje empezó como fuga, allí comenzó lentamente a convertirse en otra cosa menos brillante y más digna: una disposición a ser interrumpidos.

Capítulo V

La selva y los grandes ríos

Si el desierto los había despojado y la costa los había detenido, la selva vino a enseñarles una forma distinta de insignificancia. Hay paisajes que reducen al hombre por exceso de vacío; otros lo reducen por exceso de vida. En Camerún, Gabón y más tarde hacia la República Democrática del Congo, el mundo dejó de parecer un escenario amplio y se volvió una respiración espesa, una materia densa donde todo sudaba, reptaba, florecía o se pudría con una intensidad que a nosotros, habitantes de interiores ventilados, nos habría parecido obscena de no ser por su majestuosidad.

En Lopé, el 4x4 se hundió. La frase, narrada así, conserva algo cómico; vivirla debió de tener poco de gracioso. Llovía desde hacía horas y el suelo, que bajo la apariencia de pista prometía tránsito, era en realidad una trampa de barro rojizo con vocación de pantano. Andrés aceleró donde habría debido parar, paró donde ya era tarde, y el coche se fue tragando a sí mismo con la dignidad torpe de los grandes animales enfermos. "Me hundí yo con él", escribió después. Era una exageración literaria, pero no del todo.

Allí aparecieron unos hombres baka -a quienes la prosa turística sigue llamando pigmeos con una ligereza que ya incomoda- que se acercaron cantando mientras empujaban. A mí esa imagen me habría parecido inverosímil si no viniera sostenida por la vergüenza de Andrés, que no sabía si sentirse humillado, rescatado o adoptado por una escena que desbarataba cualquier jerarquía previa. Uno de ellos, Pierre, llevaba una cicatriz en el pecho. Señalándola dijo una sola palabra: "León". Luego se tocó la sien y añadió otra: "No huir". No sé cuánto de esa comunicación fue lenguaje y

cuánto fue necesidad de entenderse más allá de él. A veces dos palabras bastan para resumir una filosofía práctica.

Pierre se convirtió durante unos días en una figura importante para ellos. No porque encarnara la fantasía del "buen salvaje", esa obscenidad colonial con la que Europa ha maquillado tantas veces su ignorancia, sino porque representaba una relación con el entorno que dejaba en evidencia nuestra torpeza de propietarios. Nosotros atravesamos los lugares; él pertenecía a un modo de estar donde la frontera entre cuerpo, bosque y comunidad era menos rígida. Sabía escuchar crujidos, identificar huellas, leer lluvias futuras en señales que para Andrés eran solo ruido verde. Esa forma de conocimiento, no acreditada por ninguna universidad, poseía una precisión que da pudor subestimar.

Fue en ese tramo donde Mati gastó la última ampolla de ceftriaxona que llevaba para emergencias serias. Un niño con fiebre tifoidea, una madre extenuada, un poblado donde la distancia al centro sanitario más cercano se medía en horas inciertas y no en kilómetros fiables. La decisión de usarla tuvo algo de juramento íntimo. Los médicos aprenden a administrar recursos, a priorizar, a no ceder a cada urgencia porque la compasión sin criterio se vuelve inútil. Pero también aprenden -o deberían- que llega un punto en que reservar demasiado se parece a abandonar. La madre lloró sobre las manos de Mati. Ella me lo contó sin adornos, como quien todavía no ha decidido si aquello fue medicina, azar o una deuda más adquirida con el mundo.

Las noches en la selva alteraron su percepción del silencio. En Europa llamamos silencio a la reducción del ruido humano. Allí el silencio era otra cosa: una composición saturada de insectos, agua lejana, hojas

heridas por pasos invisibles, pájaros que sonaban como alarmas defectuosas y, de tanto en tanto, una pausa breve que no tranquilizaba, sino que advertía. Andrés, insomne por naturaleza y por educación financiera, descubrió que el cerebro urbano necesita controlar el paisaje sonoro para descansar. En la selva no podía. Tuvo que rendirse al hecho elemental de que el mundo iba a seguir sucediendo sin pedirle permiso. Quizá la idea que más los sacudió fue enterarse de que entre los baka no existe una palabra equivalente a nuestra noción cerrada de "propiedad" sobre el bosque. No quiero convertir esto en una tesis antropológica apresurada; las realidades son siempre más complejas que las frases memorables. Pero el efecto que tuvo en ellos fue hondo. Pierre compartió su última yuca con una naturalidad desprovista de cualquier intención ejemplar. No era caridad. Era, según entendieron, la lógica interna de una vida donde acumular contra los demás carece de sentido si el medio común se sostiene.

No quiero convertir esto en una tesis antropológica apresurada; las realidades son siempre más complejas que las frases memorables. Pero el efecto que tuvo en ellos fue hondo. Pierre compartió su última yuca con una naturalidad desprovista de cualquier intención ejemplar. No era caridad. Era, según entendieron, la lógica interna de una vida donde acumular contra los demás carece de sentido si el medio común sostiene a todos y donde la escasez, por dura que sea, no autoriza todavía la mezquindad como principio.

Andrés me escribió una nota, quizá una de las más honestas de todo el viaje: "He tardado cuarenta y seis años en descubrir que casi todo lo que llamábamos seguridad era almacenamiento". La frase, pese a su brillo, no era una ocurrencia. En ella había una rendición. Nuestra clase media ha hecho del resguardo

una ética: ahorrar, prevenir, asegurar, planificar, blindar, consolidar. Y no diré que eso sea despreciable; sería una necedad, sobre todo viniendo de quienes hemos sido protegidos precisamente por esos mecanismos. Pero hay algo en esa pulsión por encapsular el porvenir que acaba empobreciendo la experiencia misma del presente. Uno vive custodiando la vida, y al final descubre que custodiar demasiado se parece un poco a no vivirla.

La selva les reveló, además, un tipo de dependencia mutua que no estaba mediatizada por el lenguaje pulido de nuestras sociedades terapéuticas. Nadie hablaba allí de "cuidados" con solemnidad académica ni pronunciaba discursos sobre resiliencia comunitaria. Simplemente se cargaban pesos entre varios, se repartía el alimento, se cargaba a los niños dormidos, se esperaba al enfermo, se sabía quién había perdido a alguien aunque nadie lo declarara con palabras institucionales. La fragilidad no se tematizaba: se administraba juntos. Eso, que en el papel parece menor, en la vida equivale a una revolución moral.

Mati empezó a sentirse incómoda con el prestigio que rodeaba su oficio en contextos como aquel. Al principio la miraban con gratitud, luego con respeto, después con una mezcla de petición y esperanza que llegó a resultarle insoportable. "No soy una solución", le dijo una noche a Andrés, después de ver a una mujer caminar cinco horas con una niña deshidratada. "Soy apenas una pequeña demora del desastre". Él quiso consolarla, pero se contuvo. Hacía semanas que ambos empezaban a comprender que el consuelo apresurado es una forma elegante de no escuchar.

Sin embargo, aquella misma noche ocurrió algo que la desarmó por otro flanco. Una anciana le regaló una pulsera trenzada con fibras oscuras y semillas rojas. No tenía valor comercial ni delicadeza artesanal apreciable

para el gusto europeo. Era tosca, irregular, un poco áspera. "Para que no olvides", tradujo Pierre con gestos y palabras sueltas. Mati la llevó puesta el resto del camino. Mucho después me confesó que la había conmovido más que cualquier agradecimiento explícito, porque no premiaba su competencia sino su presencia. Le estaban diciendo: has estado aquí. A veces lo único verdaderamente humano que podemos ofrecer es eso.

El río Congo, al que llegaron después de un descenso cansado y desordenado, les produjo una impresión casi física de inmensidad moral. Hay ríos que el mapa convierte en línea azul y la literatura en metáfora, pero cuando uno los tiene delante entiende que ambos procedimientos son insuficientes. El Congo no parecía fluir: parecía pensar. Pasaba con esa autoridad de las cosas que llevan demasiado tiempo existiendo como para molestarse en justificarse ante nadie. Andrés me envió una fotografía borrosa: una franja inmensa de agua marrón, una luz velada y, en primer plano, la sombra de Mati sentada de espaldas. Nunca he sido especialmente sensible a la épica de los paisajes, pero aquella imagen me produjo una tristeza limpia, difícil de explicar. Tal vez porque contenía, sin saberlo, la proporción exacta entre una vida y el mundo.

Allí conocieron al padre Benoit, un misionero anciano que ya no parecía pertenecer ni del todo a Europa ni del todo a África, sino a esa categoría intermedia de los hombres que han pasado tanto tiempo fuera de sí mismos que terminan volviéndose irreductibles a cualquier origen. Yo desconfío por instinto de los misioneros, incluso de los buenos, porque demasiadas veces el consuelo ha viajado acompañado de soberbia. Pero Benoit, según me contaron, tenía la modestia erosionada de quien ha visto fracasar demasiados planes como para seguir creyéndose imprescindible.

Cenaron con él mandioca, pescado seco y una salsa violenta que hizo llorar a Andrés con menos espiritualidad de la deseable. Hablaron de Europa, de fe, de guerras, de epidemias y de la costumbre occidental de convertir cualquier dolor en problema técnico. Benoit dijo algo que ambos anotaron: "Ustedes creen que salvar una vida es impedir una muerte. A veces salvar una vida es conseguir que alguien no muera solo". Mati guardó silencio. Andrés, que siempre había concebido el éxito en términos de resultados medibles, tardó más en asimilar la frase. Pero terminó haciéndolo.

No es que de pronto se volvieran místicos, ni mucho menos. Lo que estaba ocurriendo era más sobrio y quizá más radical: empezaban a sospechar que el valor de una existencia no puede agotarse en su eficiencia. Para dos personas formadas en un mundo que todo lo traduce a rendimiento, utilidad y gestión, aquella intuición tenía algo de herejía práctica.

En un poblado ribereño vieron un funeral. No se lo habían propuesto; simplemente sucedió mientras estaban allí, como suceden las cosas verdaderas, sin atender al calendario narrativo del extranjero. El muerto era un hombre joven. Había mujeres llorando con una intensidad sin pudor y niños que entraban y salían de la escena con la desconcertante naturalidad de quienes todavía no han aprendido que la muerte debe recluirse en salas especiales. Había cantos, cuerpos, polvo, barro, duelo y comida. Lo que más impresionó a Andrés fue precisamente que hubiera comida. "Yo no entendía nada", me dijo. "¿Cómo podían freír plátanos al lado del dolor?" La respuesta la encontró más tarde, y fue simple: porque el dolor no suspende la vida; la atraviesa. Nosotros solemos aislar el luto como si preservar su pureza fuese una forma superior de respeto. Allí, en cambio, el sufrimiento permanecía

mezclado con las obligaciones elementales de seguir vivos.
Mati recordó entonces a su padre. Murió cuando ella tenía veinte años, y desde entonces había tratado esa pérdida con la disciplina impecable de quien no quiere concederle capacidad de desordenar el resto de la existencia. En la selva y a la orilla de esos ríos inmensos comprendió, con retraso, que quizá llevaba años practicando un duelo higiénico, eficiente, impecablemente incompleto. Lloró esa noche. No por África, como se dicen a veces los viajeros para conservar una narrativa respetable, sino por Madrid, por su adolescencia, por un hombre silencioso que le enseñó a montar en bicicleta y murió antes de verla convertirse en la mujer exhausta y brillante que ahora intentaba aprender a detenerse.
Andrés no la consoló. Se sentó a su lado y esperó. Puede parecer poco. Para él era muchísimo. Durante toda la vida había confundido amar con resolver. Allí, finalmente, empezaba a entender que acompañar sin corregir, sin interpretar y sin apresurar el alivio es una de las formas más difíciles del amor adulto.
Cuando dejaron atrás aquel tramo húmedo, incierto y fértil, el viaje ya no se parecía en nada al proyecto con el que habían zarpado desde Tarifa. No estaban encontrando una versión más auténtica de sí mismos, como prometen los eslóganes de aeropuerto y las entrevistas complacientes. Estaban perdiendo, capa a capa, la costumbre de considerarse el centro de lo que vivían. Y quizá esa sea la única transformación seria a la que puede aspirar un ser humano sin caer en la farsa.

Capítulo VI

Las tierras altas

Entraron en África oriental como quien cambia no solo de paisaje, sino de gramática moral. Después de la espesura y la humedad, llegaron las tierras altas de Uganda, Ruanda y luego Tanzania con una mezcla de alivio físico y desorientación interior. El aire era otro. La luz parecía haber sido filtrada por una inteligencia más sobria. Las colinas, ordenadas en terrazas, daban a la fatiga un horizonte menos opresivo. Incluso el sufrimiento adoptaba allí otra cortesía visual, como si la belleza del entorno se negara a dejarse monopolizar por la miseria.

Pero la belleza, como casi todo, también sabe ser cruel. Kigali les impresionó precisamente por su limpieza, por su pulcritud casi didáctica, por la eficacia ordenada con que una ciudad puede presentar su mejor rostro mientras bajo ese rostro siguen latiendo memorias que no se dejan barrer. Andrés, que venía ya bastante reeducado por el camino, tuvo la prudencia de no celebrar demasiado rápido aquella superficie civil. Mati, más intuitiva, dijo algo mejor: "Hay ciudades que parecen curadas y ciudades que están cicatrizando. No es lo mismo".

Visitaron el memorial del genocidio en un silencio que ninguno de los dos logró traducir después del todo. Yo no los acompañé, claro, pero al escucharlos comprendí que existen lugares donde la inteligencia verbal resulta obscena por exceso. ¿Qué puede decirse sensatamente ante una pedagogía del exterminio? ¿Qué frase no se vuelve pequeña o, peor aún, decorativa? Andrés solo acertó a anotar que el horror moderno no necesita monstruos, sino contables obedientes, categorías limpias y una cadena de decisiones administrativas ejecutadas con diligencia. Me dolió leerlo porque era verdad. Nos tranquiliza imaginar la barbarie como una irrupción de salvajismo ajeno. La historia insiste, con modales cada vez más

insoportables, en que a menudo la barbarie se organiza desde escritorios.
Mati salió de allí con una pregunta que luego la acompañó durante semanas: cómo se sigue viviendo después de haber participado, sufrido o presenciado algo que rompe para siempre la escala normal de lo humano. No preguntaba en abstracto. Preguntaba por las mujeres que luego vuelven a cocinar, por los hombres que siembran de nuevo, por los niños que aprenden a reír en la misma lengua que escuchó ordenar muertes. "Quizá vivir no sea superar", escribió en su libreta. "Quizá sea aprender a llevar dentro lo imperdonable sin entregarle el gobierno de cada día". No era una conclusión; era apenas un borde.
En Uganda los alcanzó otra forma de incomodidad: la del turismo moralmente satisfecho. Cerca de Bwindi vieron a extranjeros pagar cifras obscenas por acercarse a gorilas mientras, a pocos kilómetros, familias enteras organizaban la supervivencia con una décima parte de ese dinero en un mes. No descubrieron una injusticia nueva, desde luego; el mundo está hecho de ese tipo de desproporciones. Lo que les perturbó fue verse demasiado cerca de ese mecanismo. Ellos también viajaban, también consumían experiencia, también podían convertir el asombro en patrimonio privado.
Andrés estuvo especialmente hosco aquellos días. "No sé si estamos viendo el mundo o utilizándolo", me dijo en una llamada entrecortada. La lucidez, cuando llega, rara vez trae paz. Pero tampoco conviene convertir toda experiencia en culpa hasta inmovilizarla. Mati, más ecuánime, le respondió algo que me pareció de una sensatez extraña en ella, tan dada a implicarse hasta el agotamiento: "Seguro que hacemos las dos cosas. La cuestión es cuánto daño estamos dispuestos a ignorar". Esa frase marcó un cambio importante.

Empezaban a abandonar la tentación binaria de creerse inocentes o culpables por completo. Aprendían, más bien, a vivir dentro de una responsabilidad imperfecta.

En las orillas del lago Victoria, una tarde espesa de mosquitos y luz de cobre, Andrés recibió un correo de la empresa donde había trabajado media vida. Querían consultarle unas cifras antiguas para una auditoría. La escena tiene algo de comedia involuntaria y algo de venganza metafísica. Después de miles de kilómetros, de desiertos, fiebres, barro, funerales y talleres, el pasado regresaba en forma de hoja adjunta. Andrés abrió el mensaje, lo leyó dos veces y luego lo cerró sin responder. No fue un gesto grandioso. Fue casi doméstico. Pero lo perturbó más que cualquier avería. Durante años había creído que salir de aquella vida requeriría un acto heroico, una quema de puentes, una declaración definitiva. Descubrió en cambio que la mayor parte de los vínculos que nos esclavizan no se rompen de una vez: se van debilitando hasta que un día ya no consiguen convocarnos del todo. La liberación, cuando existe, suele tener menos trompetas y más aburrimiento administrativo del que uno habría deseado.

Fue también en esas tierras altas donde comenzó a insinuarse entre ellos una conversación sobre el regreso. No el regreso concreto, todavía, sino la posibilidad insoportable de que todo viaje serio contenga desde el principio su propia vuelta. Habían salido con una fantasía apenas disimulada de suspensión indefinida. La carretera, como ciertos amores, parecía al comienzo capaz de absorber el resto de la biografía. Pero la realidad -ese animal tenaz- iba introduciendo otra música. El dinero no era infinito. El coche acumulaba cicatrices. El cuerpo empezaba a reclamar pausas menos heroicas. Y había, sobre todo,

una pregunta más difícil: qué hacer con lo aprendido si uno no quiere convertirlo en souvenir moral.
En Tanzania presenciaron una escena que a ambos les hizo pensar en la vejez de una manera nueva. En una aldea de las montañas Usambara vieron a un anciano barrer la tierra delante de su casa al amanecer. Lo hacía con una lentitud admirable, sin dramatismo, sin la menor prisa por concluir una tarea que el viento volvería a desordenar. Mati lo observó largo rato. "Mira eso", le dijo a Andrés. "No está luchando contra el tiempo. Está hablando con él". Puede que idealizara un gesto cualquiera; somos especialistas en proyectar metáforas sobre faenas ajenas. Pero el efecto que les produjo fue real. Habían vivido hasta entonces como si el tiempo fuese una persecución. Empezaban a imaginar, por primera vez, la posibilidad de habitarlo sin convertir cada jornada en examen.
Aquella noche discutieron. No por nada grave. Por arroz, por gasolina, por cansancio, por el tipo de discusiones que solo tienen las parejas que se quieren y están exhaustas. Él la acusó de dispersarse en todo dolor ajeno. Ella le reprochó su tendencia a convertir cada emoción en un problema de logística. Se hirieron con precisión, que es la forma más eficaz de hacerlo cuando se conoce bien al otro. Luego callaron durante horas. Y en ese silencio apareció una evidencia que ambos habían venido esquivando: el viaje no los estaba salvando de su matrimonio. Los estaba metiendo más hondo dentro de él.
Eso resultó, paradójicamente, una buena noticia. Porque salir juntos no había abolido las viejas asimetrías; las había expuesto. Andrés seguía refugiándose en el control cuando sentía miedo. Mati seguía disolviéndose en la necesidad ajena para no mirar ciertos vacíos propios. La diferencia era que ahora ya no podían atribuir esos hábitos al estrés de

oficina, a los turnos del hospital, al tráfico madrileño o a la falta de vacaciones. Estaban solos con ellos mismos, y por tanto también solos con lo que cada uno hacía del amor.
A la mañana siguiente, sin grandes reconciliaciones literarias, compartieron café y pan dulce comprado en un mercado miserable. Andrés le pidió perdón con una torpeza que a Mati le enterneció más que cualquier discurso. Ella apoyó la mano en la suya. Nadie prometió mejorar para siempre. A cierta edad, esa clase de promesas ya no parecen serias. Lo que hicieron fue algo menos brillante y más raro: aceptarse no como proyecto de corrección mutua, sino como testigos parciales de una fragilidad compartida.
En las tierras altas comprendieron que sobrevivir a la historia, a la culpa, a la fatiga y al amor quizá consiste exactamente en eso: seguir barriendo la tierra sabiendo que el viento volverá.

Capítulo VII

El valle y las grietas

Kenia los recibió con una violencia menos espectacular que otras, pero acaso más íntima: la violencia de la grieta. Venían de meses en que la dureza del mundo se había presentado en formas reconocibles -frontera, fiebre, barro, hambre, memoria de masacres- y podían, por así decirlo, nombrarla desde fuera. En el valle del Rift apareció otra dimensión del desajuste: la que se abre dentro de los vínculos cuando ya no basta con avanzar para aplazar ciertas preguntas.
Nairobi les resultó agotadora. Demasiado tráfico, demasiada energía comercial, demasiada desigualdad expuesta sin pudor, demasiada modernidad ansiosa compitiendo con demasiada precariedad estructural. A Andrés le recordó, de una forma incómoda, al tipo de

ciudad del que había querido escapar: una maquinaria de ambición donde cada cual parece correr en varias direcciones al mismo tiempo. Mati, en cambio, se quedó fijada en los contrastes mínimos: las mujeres impecables caminando junto a cunetas imposibles, los anuncios de clínicas privadas a pocos metros de niños descalzos, el inglés corporativo flotando sobre barrios donde el agua seguía siendo una negociación diaria.
Allí recibieron la noticia de que la madre de Andrés había sufrido una caída. No era grave, según su hermana, pero sí lo bastante seria como para volver tangible lo que hasta entonces había permanecido en la periferia de su aventura: la gente que habían dejado seguía envejeciendo sin ellos. Me parece uno de los descubrimientos más crueles de la madurez. Uno puede marcharse del escenario familiar, reinventarse, cruzar mares, hundirse en selvas y dejar que el mundo le imparta correcciones. Pero mientras tanto los padres se vuelven más lentos, los amigos se divorcian, los sobrinos aprenden palabras nuevas, algunas casas se venden y otras se vacían. La propia vida se desplaza, sí; pero la ajena también, y no nos espera congelada como una escenografía amable para el momento del retorno.
Andrés reaccionó mal. No de manera escandalosa, sino con esa irritación helada que lo invadía siempre que sentía culpa y no encontraba una casilla razonable donde archivar el sentimiento. Empezó a hablar de fechas, de rutas alternativas, de costes, de vuelos posibles desde Adís Abeba o Nairobi, de riesgos absurdamente estadísticos. Mati lo dejó hablar hasta que se agotó. Luego le dijo, con una calma que debió de doler más que cualquier reproche: "Tu madre se cayó hoy. Pero tú llevas meses queriendo volver y no sabías cómo decirlo". La frase lo hirió porque era precisa.

No quería volver del todo, claro. O mejor dicho: no quería renunciar a lo que el viaje había abierto en él. Pero empezaba a sospechar que prolongarlo indefinidamente podía convertirse en otra forma de cobardía, una más noble en apariencia, pero cobardía al fin. Nos gusta llamar libertad a veces a lo que no es más que aplazamiento. Y el aplazamiento, cuando se adorna con grandes horizontes, resulta especialmente seductor.

Acamparon después cerca del lago Naivasha. Una noche, mientras a lo lejos bufaban hipopótamos con esa sonoridad grotesca que parece inventada por un dios de humor irregular, tuvieron la pelea más seria de todo el trayecto. No dispongo de una transcripción exacta, por fortuna; la intimidad ajena debe conservar algunas sombras. Pero sí conozco el núcleo. Mati quería seguir unas semanas más, al menos hasta Etiopía. No por capricho, sino porque intuía que aún no había terminado de entender lo que el viaje estaba haciendo con ella. Andrés quería empezar a plegar el mapa. No por simple cansancio, aunque también, sino porque empezar a volver le parecía, por primera vez, una forma de honestidad y no de derrota.

Discutieron durante horas con esa mezcla indecorosa de lucidez y mezquindad que sólo alcanzan las parejas cuando se sienten, al mismo tiempo, profundamente unidas y profundamente amenazadas. Él le reprochó que convirtiera el viaje en una moral de excepción, como si seguir adelante garantizara alguna forma superior de verdad. Ella le dijo que estaba disfrazando de responsabilidad un miedo muy antiguo: el miedo a que la vida real, con sus deudas, sus padres, sus rutinas y sus decisiones irrevocables, volviera a reclamarlo entero. Ninguno tenía del todo razón. Ninguno mentía del todo.

Durmieron mal. A la mañana siguiente el lago parecía un metal cansado y los flamencos, vistos desde lejos, tenían algo de error decorativo. Andrés caminó solo durante más de una hora. Pensó en su madre, en la oficina, en la casa de Madrid, en la cantidad de versiones de sí mismo que había ido dejando atrás con una disciplina que ahora le parecía casi sospechosa. Había pasado la mitad de la vida obedeciendo inercias con una eficacia que en su momento confundió con carácter. Luego había cruzado un continente con la esperanza, poco confesable, de que el movimiento resolviera lo que la reflexión nunca había conseguido ordenar. Y ahora descubría lo que tantos descubren tarde: que ningún trayecto nos absuelve de elegir.
Cuando regresó al campamento, Mati estaba lavando una olla con un esmero inútil. Él se sentó a su lado y tardó bastante en hablar. No buscó una frase memorable. Dijo solamente: "No quiero que volver signifique deshacer esto". Mati no respondió enseguida. Siguió frotando el metal, enjuagó, dejó la olla boca abajo y sólo entonces lo miró. "Y yo no quiero que seguir signifique huir". Fue quizá la conversación más adulta de todo el viaje, precisamente porque ya no intentaba declarar un vencedor.
Decidieron continuar, pero no indefinidamente ni como quien se entrega a una fuga sin calendario. Seguirían hacia el norte, atravesarían Etiopía y desde allí tomarían la decisión final. Era un pacto imperfecto, como lo son casi todos los que merecen cumplirse. No resolvía la tensión entre el deseo de permanecer fuera y la necesidad de regresar al tejido concreto de una vida. Pero les permitía, al menos, no mentirse con demasiada elegancia.
Abandonaron Kenia por la ruta que conduce hacia Marsabit, donde el paisaje empezó a secarse de nuevo y a recordarles que África no se deja resumir ni siquiera

por quienes se obstinan en recorrerla despacio. El valle, con sus cortes geológicos y sus extensiones ásperas, les devolvió una intuición que el viaje había repetido de muchas maneras: toda belleza importante contiene una grieta, y toda grieta, si se la mira el tiempo suficiente, termina organizando una forma nueva de belleza.
Andrés me escribió desde Lodwar un mensaje escueto: "Ya no sé si estamos llegando o volviendo". Lo guardé porque me pareció mejor que muchas teorías. Quizá la madurez consista en eso: en descubrir que ambas direcciones suelen confundirse.

Capítulo VIII

Etiopía o la medida del cansancio

Entraron en Etiopía con los nervios más frágiles y la atención más fina. El cansancio, cuando se prolonga durante meses, deja de sentirse como una fatiga localizada y pasa a convertirse en una sustancia del carácter. Uno no está cansado: uno mira, decide, ama, recuerda y discute desde el cansancio. Ellos habían llegado exactamente a ese punto. También por eso el país les afectó de un modo distinto. Ya no buscaban revelaciones. Se dejaban alcanzar por lo que había.
En las mesetas etíopes el mundo recuperó una severidad antigua. La tierra roja, las iglesias excavadas en piedra, los rebaños atravesando carreteras improbables, los niños saludando con esa mezcla de juego y cálculo que el extranjero suele malinterpretar, los cafés espesos servidos con ceremonia mínima: todo parecía responder a un tiempo más largo que el suyo. A Andrés le impresionó particularmente la relación de la gente con la altura. "Aquí hasta la pobreza respira de otra manera", anotó, y enseguida tachó la frase porque le pareció demasiado literaria.

Hizo bien. La miseria no mejora por volverse panorámica. Pero había en aquellos altiplanos una dignidad de escala que les impedía entregarse al sentimentalismo fácil.

En un pequeño pueblo de Amhara coincidieron con una maestra llamada Selam que hablaba un francés fatigado y un inglés aún más fatigado, pero suficiente para conversar durante una tarde entera. Les contó que enseñaba historia a adolescentes que conocían de memoria reyes, batallas, invasiones y hambres, pero que comprendían mal el futuro porque nadie se lo había descrito de un modo convincente. La frase, pronunciada sin solemnidad, dejó a Mati pensativa durante días. En Europa -me dijo después- habíamos crecido saturados de futuro, como si siempre hubiera un siguiente peldaño, una especialización nueva, una reforma posible, una mejora técnica aguardando detrás del trimestre siguiente. Allí, en cambio, el tiempo no se ofrecía como promesa sino como tarea.

Fue también en Etiopía donde el cuerpo de Mati empezó a pasar factura. Primero mareos, luego una fiebre corta, más tarde ese agotamiento gomoso que desarma incluso la voluntad mejor entrenada. No era grave, según el médico local que la vio en una clínica de carretera con paredes desconchadas y una limpieza heroica. Probablemente una infección menor, algo intestinal, reposo, líquidos, antibióticos. Nada extraordinario. Pero el episodio tuvo consecuencias desproporcionadas porque obligó a invertir los papeles durante varios días.

Andrés cuidó de ella con una delicadeza menos aparatosa que al principio del viaje. Ya no trataba de organizar la enfermedad como si fuese una auditoría del dolor. Le acercaba agua, discutía en mercados por fruta razonable, negociaba sombras, hacía callar con cortesía a curiosos demasiado insistentes y pasaba

largas horas sentado sin necesidad de producir ánimo artificial. Mati, medio dormida, lo observaba a veces como si viera una versión tardía y más verdadera del hombre con el que se había casado. No era que antes hubiera sido falso. Era, simplemente, más defensivo. En esos días lentos hablaron mucho menos, y sin embargo se entendieron mejor. Hay intimidades que sólo maduran cuando la conversación deja de ser el instrumento principal. El viaje, que tantas veces les había exigido opinárselo todo -rutas, precios, riesgos, averías, personas, paisajes, culpas-, les ofrecía ahora una tregua rara: la posibilidad de estar juntos sin traducir cada instante a una conclusión.

Cuando Mati mejoró, siguieron hacia Addis Abeba. La capital les cayó encima con su caos vertical, sus talleres, sus edificios a medio hacer, su tráfico enervado y esa energía de ciudad que no ha resuelto sus contradicciones pero ya aprendió a monetizarlas. En otro momento quizá la habrían detestado. Esta vez la soportaron con una especie de respeto cansado. Ya no estaban en condiciones de exigir coherencia a ningún lugar; bastante trabajo les daba sostener una provisional dentro de sí mismos.

Allí tuvieron, por fin, la conversación concreta sobre el regreso. No en un mirador memorable ni bajo una iluminación propicia, sino en una pensión ruidosa donde una televisión ajena escupía música y anuncios. Decidieron vender el coche en Sudán si les era posible o embarcarlo si no encontraban salida razonable. Subirían hacia el norte. No intentarían alargar más el viaje en nombre de una pureza que ya empezaban a considerar narcisista. Lo importante no era exprimir la ruta hasta la última gota simbólica, sino llegar al punto en que regresar no traicionara lo vivido.

Mati lloró un poco después de tomar la decisión. No porque quisiera revocarla, sino porque comprendió que

toda experiencia verdaderamente importante termina también por la parte exacta en que uno empieza a entenderla. Andrés la abrazó sin grandilocuencia. Habían pasado demasiadas cosas para desperdiciar el momento con frases falsas.
Antes de dejar Etiopía, volvieron a encontrarse con Selam. Le llevaron cuadernos, bolígrafos y un diccionario usado que Andrés compró en un mercado de segunda mano. El gesto era pequeño y ellos lo sabían; no se engañaban con la fantasía paternal de haber "ayudado". Pero Selam recibió aquellos objetos con una gratitud sobria que los avergonzó un poco por la ligereza con que tantas veces habían consumido lo innecesario. Al despedirse, les dijo: "El problema de viajar mucho es que uno aprende demasiado tarde dónde estaba cuando todavía no sabía mirar". Andrés me repitió la frase casi palabra por palabra. Sospecho que porque sintió, con una punzada difícil de domesticar, que ya estaba empezando a mirar Madrid desde fuera.

Capítulo IX

El norte y la inminencia

A medida que avanzaron hacia Sudán, el viaje adquirió esa textura extraña de las cosas que se acercan a su desenlace sin volverse por ello más claras. Habían tomado la decisión de regresar, pero decidir no elimina de inmediato la ambivalencia. Al contrario: a veces la intensifica. Cada kilómetro hacia el norte les parecía simultáneamente un cumplimiento y una despedida.
El paisaje volvió a simplificarse. Menos exuberancia, más polvo. Menos accidente vegetal, más espacio desnudo. Después de tantos meses, esa desnudez tenía algo de alivio moral. Ya no necesitaban que el mundo los deslumbrara para justificar la travesía. Les

bastaba con que siguiera estando ahí, vasto e indiferente, mientras ellos trataban de sacar una forma decente de sí mismos.

En Jartum permanecieron más tiempo del previsto por trámites, negociaciones y esperas. El coche, que había sido durante meses herramienta, refugio, carga, orgullo, fastidio y metáfora involuntaria, empezó a transformarse en una cuestión administrativa. Verlo así les produjo una melancolía difícil de reconocer. Habían proyectado en aquella máquina demasiado más de lo razonable. Le atribuían una nobleza que no tenía. Y sin embargo desprenderse de él resultó doloroso, como si en la chapa abollada y en la tapicería vencida hubiera quedado adherida una versión entera de ellos mismos.

Lo vendieron finalmente a un comerciante que no merecía ni confianza plena ni desconfianza absoluta, que es el tipo de persona con la que a menudo se cierran los asuntos verdaderos. El precio fue mediocre. Andrés, que al comienzo del viaje habría discutido durante horas por un porcentaje mínimo, aceptó tras un regateo breve. Mati lo observó con una mezcla de alivio y sorpresa. "Antes no habrías soltado tan fácil", le dijo. Él respondió: "Antes creía que ganar era conservar". No añadió nada más. Tampoco hacía falta.

Sin coche, el mundo volvió a adquirir una escala más vulnerable. Se desplazaron en autobuses, camionetas y trayectos inciertos donde el cuerpo recupera la conciencia de depender del humor de otros, del estado de una carretera, de un conductor somnoliento, de una avería banal. Lejos de molestarlos, esa precariedad final les pareció coherente. Habían salido creyendo que la autonomía era una forma superior de libertad. Terminaban el viaje aceptando que casi toda libertad concreta se sostiene sobre redes de dependencia que apenas entendemos.

En una pensión próxima al Nilo, Andrés llamó a su madre. La caída había sido, en efecto, menos grave de lo temido, pero su voz sonó más vieja de lo que él recordaba. No fue una escena melodramática. Hablaron de fisioterapia, del calor, de la vecina del cuarto, de si comer bien o no comer bien, de asuntos nimios bajo cuya superficie se movía otra cosa. Al colgar, Andrés tardó unos minutos en volver a sentarse. Mati no le preguntó nada. Esperó. Él dijo al fin: "Pensé que todavía había tiempo para seguir siendo hijo más tarde". La frase, por sencilla, resultó devastadora.
Esa noche casi no durmió. Recordó a su padre, muerto años atrás, y comprendió con una claridad poco piadosa que había organizado buena parte de su vida adulta como una defensa contra el deterioro ajeno. Trabajar mucho, prever mucho, asegurar mucho, ordenar mucho: todas esas virtudes habían sido también un modo de no mirar de frente que las personas amadas se rompen, enferman y desaparecen aunque uno administre bien. El viaje no le estaba enseñando a despreciar el orden; le estaba enseñando su límite.
Mati, por su parte, empezó a pensar con más precisión en el hospital al que volvería. Ya no lo veía solamente como la máquina agotadora de guardias, protocolos y fluorescentes en la que había aprendido a rendir por encima de casi cualquier emoción. Empezaba a percibirlo como un lugar donde quizá podía ejercer de otra manera. No más blanda, no más sentimental, no menos rigurosa: simplemente menos intoxicada por la ilusión de omnipotencia. Había pasado años defendiendo a sus pacientes del desastre con un coraje que a veces rozaba la arrogancia técnica. África -si es que cabe usar ese nombre inmenso sin indecencia- le había devuelto una lección mucho más

austera: cuidar no es vencer siempre; a menudo es quedarse.
En el tramo final hacia el Mediterráneo, ambos se volvieron más silenciosos. No era tristeza exactamente. Era, quizá, el recogimiento que exigen ciertas transiciones cuando uno presiente que cualquier comentario excesivo las empobrecería. Vieron pasar mercados, controles, minaretes, talleres, niños corriendo detrás de autobuses, hombres dormidos a la sombra de gasolineras improbables, mujeres transportando una dignidad para la que Europa ha perdido el vocabulario. Todo seguía sucediendo con la indiferencia majestuosa del mundo. Sólo ellos habían cambiado un poco, y ni siquiera estaban seguros de cuánto.
Una tarde, cerca ya de la costa, Mati sacó del fondo de la mochila la pulsera de semillas rojas que le había dado la anciana en la selva. La había guardado para no romperla. Se la puso otra vez sin decir nada. Andrés le besó la muñeca con una ternura tan leve que casi parecía un pensamiento.

Capítulo X

Regreso

Volvieron por mar. Me habría gustado ofrecer una imagen final más literaria -un desembarco bajo una luz memorable, una frase que ordenara retrospectivamente el sentido de todo, una emoción nítida al ver de nuevo Europa-, pero la verdad fue menos obediente. Había viento, trámites, cansancio, bolsas mal cerradas, un café pésimo y la sensación equívoca de que el retorno, como casi todo lo importante, sucede antes en el cuerpo que en la conciencia.
Cuando divisaron la costa española no sintieron júbilo. Sintieron reconocimiento, que es una emoción más

sobria y quizá más difícil. No estaban regresando a un hogar intacto, porque ningún hogar resiste intacto la ausencia prolongada. Tampoco volvían convertidos en versiones moralmente superiores de sí mismos, como si atravesar sufrimientos ajenos otorgara una categoría humana especial. Regresaban, simplemente, más despojados de ciertas ficciones.

Madrid les pareció indecentemente organizada. El agua salía de los grifos con una obediencia ofensiva. Los supermercados exhibían una abundancia casi obscena. Las conversaciones sobre reformas de cocina, planes de fin de semana y dietas intermitentes les produjeron durante un tiempo una irritación que rozaba la injusticia. Es uno de los riesgos del regreso: confundir el extrañamiento con superioridad. Tuvieron la suerte -o la inteligencia tardía- de no instalarse demasiado en esa tentación. Comprendieron pronto que despreciar la normalidad de los otros era apenas otra forma de vanidad.

Lo difícil no fue reanudar la vida práctica. Eso ocurrió con la eficacia un poco triste con que suceden las cosas necesarias: llamadas, seguros, papeles, revisión médica, visita a la madre de Andrés, reapertura del piso, polvo acumulado, ropa fuera de estación, una planta milagrosamente viva y otra irremediablemente muerta. Lo difícil fue decidir qué clase de verdad merecía sobrevivir a la narración del viaje.

Durante semanas mucha gente les pidió historias. Querían anécdotas, peligros, colores, miserias confirmatorias, escenas exóticas suficientemente digeribles para una cena. Andrés descubrió que la mayor parte de lo importante no podía contarse sin traicionarlo un poco. Mati se impacientaba cuando alguien le decía que la experiencia habría sido "increíble", adjetivo contemporáneo que sirve sobre todo para no precisar nada. Aun así, aprendieron a

responder sin resentimiento. No todo el mundo está obligado a recibir intacta la complejidad ajena.
Él no volvió a la empresa. Tardó meses en admitirlo incluso ante sí mismo, pero la decisión estaba tomada desde antes de tocar puerto. Hizo consultorías breves, rechazó propuestas que antaño habría celebrado y acabó aceptando un trabajo menos prestigioso, peor pagado y considerablemente más soportable en una fundación dedicada a logística sanitaria. No se convirtió en santo ni en héroe del tercer sector. Seguía irritándose con presupuestos mal hechos, con reuniones inútiles y con personas incapaces de distinguir una urgencia real de una fantasía burocrática. Pero por primera vez en décadas sintió que su competencia no servía únicamente para engordar mecanismos cuyo sentido último le resultaba ajeno.
Mati regresó al hospital con una resistencia nueva a ciertos automatismos del oficio. Siguió haciendo guardias imposibles, siguió perdiendo pacientes, siguió llegando a casa rota algunos días. La medicina no se había vuelto menos dura por haber cruzado África. Pero empezó a hablar de otra manera con algunas familias. Toleraba mejor el no saber. Apresuraba menos el consuelo. Se descubrió a veces sentada junto a una cama sin necesidad de justificar clínicamente su permanencia. No siempre podía hacerlo, no siempre el sistema lo permitía, no siempre ella tenía fuerzas. Pero cuando ocurría, reconocía en ese gesto una forma de verdad aprendida lejos y devuelta ahora al lugar de donde, en cierto modo, siempre había partido.
Su matrimonio no se volvió ejemplar. Por fortuna. Siguieron discutiendo por cosas pequeñas, malinterpretándose a veces, refugiándose cada tanto en reflejos antiguos. Nadie cambia de estructura moral en un solo viaje, por extenso que sea, ni el amor madura de una vez para siempre. Pero algo sí había

variado en la base: dejaron de exigirse salvación mutua. Eso, que puede sonar poco romántico, les dio una ternura más resistente. Se acompañaban mejor precisamente porque ya no confundían el vínculo con una empresa de redención.

Un domingo de otoño fui a verlos. Habían colgado en el pasillo unas pocas fotografías y guardado la mayoría en una caja. Me alegró esa sobriedad. La exhibición indiscriminada del viaje me habría parecido un síntoma pésimo. En la cocina, mientras preparábamos café, observé la pulsera de semillas rojas colgada junto a una ventana. Le pregunté a Mati si no temía que se estropeara con el sol. Me respondió: "Para eso sirven algunas cosas: para gastarse recordándonos algo". No volví a preguntarle.

Andrés estaba distinto, aunque me costaría precisar en qué. Menos ansioso por imponerse una versión de sí mismo, quizá. Más dispuesto a ignorar ciertas convocatorias del prestigio. Más vulnerable también, en un sentido que los hombres de nuestra generación hemos sido entrenados para considerar poco decoroso. Cuando hablamos a solas me dijo: "Lo peor del viaje fue descubrir que la vida que tenía era realmente mía". Entendí enseguida. Durante mucho tiempo había culpado a la empresa, al país, al ritmo, a la época, incluso al matrimonio, de una existencia que en buena parte había elegido él, si bien dentro de márgenes comunes y presiones reconocibles. Aceptar eso no lo hundía; lo volvía, por fin, responsable.

De todo lo que trajeron de vuelta, quizá eso fue lo más valioso: no una colección de paisajes, ni una superioridad moral de importación, ni una mística barata del despojo, sino una relación algo menos fraudulenta con los límites. Comprendieron que el mundo no está para cumplirnos, que la fragilidad no es una excepción vergonzosa y que casi todo amor digno

empieza cuando renuncia a corregir por completo aquello que ama.
No diré que fueron felices, porque esa clase de balance me parece siempre un poco infantil. Sí diré que vivieron después con una atención menos narcotizada. Cuidaron a la madre de Andrés en su deterioro lento. Perdieron amigos y conservaron otros. Se equivocaron en decisiones nuevas. A veces añoraron la carretera no por sus privaciones, sino por la claridad brutal con que obligaba a distinguir lo esencial de lo accesorio. Luego abrían una factura, atendían una llamada absurda o esperaban en una sala cualquiera y comprendían que también allí, en la prosa menos luminosa de la vida ordinaria, se juega casi todo.
Tal vez ése sea el único final honesto para una historia así. No que el viaje los transformara en otra cosa, sino que les enseñara a volver sin demasiadas mentiras. Y acaso vivir con alguna dignidad consista, en último término, exactamente en eso: en aprender a regresar.

FIN